San Francisco de Paula

Vida ilustrada

BARCELONA, 1980

ILUSTRACIONES DE ANTOINE DONDÉ (1596-1670), Religioso Mínimo, publicadas en la obra: *Les figures et l'abregé de la vie, de la mort et des miracles de Saint François de Paule...* París, 1671.

TEXTO DEL P. ANTONIO CASTIGLIONE, O.M., basado en las biografías más acreditadas del Santo.

VERSIÓN ESPAÑOLA ADAPTADA POR EL P. VICENTE M. CRUZ, O.M., sobre la primera edición italiana.

PUEDE IMPRIMIRSE:
P. Victoriano M. García, O.M.
Delegado General de los Mínimos
Barcelona, 2 de febrero de 1980

IMPRIMASE:
José M. Guix
Obispo Auxiliar y Vicario General
Barcelona, 17 de marzo de 1980

Editorial Claret, S.A.
Lauria, 5 - Barcelona
ISBN 84-7263- 5
Dep. Legal. B. 11277 - 1980

Retrato del Santo realizado por Jean Bourdichon
y ofrecido por el rey de Francia, Francisco I
al Papa León X en 1519

PRESENTACION

La figura y el mensaje del ermitaño paulano, San Francisco de Paula, ejercen hoy sin duda una atracción y son un reclamo para muchos fieles. El, que eligió seguir el evangelio colocándose junto al pobre, al humilde y al que sufre, supera indudablemente a su siglo para dictar al nuestro un camino de gran actualidad: el de la caridad.

No es fortuito que Francisco fuera escogido por la Providencia para estrechar lazos entre las naciones, en el reino de Nápoles y entre su misma gente: los episodios que confirman esto son muchos y parecen casi monótonos, porque repiten la pedagogía de la constante intervención.

Esta gran figura de asceta y santo, que in-

cidió tanto con su obra y su protección a lo largo de los siglos, merecía una nueva biografía, singular en la presentación, sobria en la narración y rica en las ilustraciones. La relación entre el texto y las imágenes —se reproducen 74 óvalos de Dondé, muy apreciado en su tiempo—, y la sobriedad de estilo del padre Castiglione hacen de la manejable publicación un libro para todos, seguro en las noticias históricas y sencillo en su línea descriptiva. Es una biografía que todo devoto leerá ávidamente porque habla de «su» Santo y le permite sentirlo cercano, como uno de nosotros, solícito al drama cotidiano de la vida y como ancla segura de salvación. Acabada la lectura, Francisco se manifiesta amigo y hermano que intuye nuestras preguntas sencillas y espontáneas, ofreciéndonos en la fe la certeza de ser escuchados.

El Anacoreta en esta publicación nos abrirá su corazón y en él descubriremos los secretos por los que todas las criaturas le obedecían. Obtuvo la sencillez de los humildes y, no obstante lo extraordinario de sus prodigios, obraba siempre con la misma naturalidad. El Creador le había otorgado poder sobre la naturaleza, como originariamente lo había concedido

a nuestros primeros padres. Francisco revelaba esta recobrada unidad de la creación en la sencillez de los gestos.

Creo que quien lea estas páginas considerando la figura del «Hombre de Dios» y su perenne mensaje, será llamado a una revisión evangélica, necesaria para seguir a este gigante de la Iglesia moderna.

P. Alejandro Galuzzi, O. M.

Llamas misteriosas sobre la casa natal del Santo

¡Oh Paula feliz!

«Ha nacido Francisco»

En el arrabal de Terravecchia la vida empieza muy pronto; con el primer resplandor de la aurora, puertas y ventanas se abren para ver qué tiempo hace.

Las mujeres empiezan los trabajos caseros: arreglar la casa, alimentar los animales del corral, preparar el frugal alimento que los hombres llevarán al campo. Las calles, los caminos se animan: los labradores se dirigen a las tierras y a los bosques para empezar el duro trabajo del día; hay que asegurar la comida de la familia.

Aquella mañana, un suceso extraordinario paró el tiempo... un confuso rumor va en aumento; las mujeres se llaman de una casa a

otra y toda la atención se dirige hacia donde viven Santiago D'Alessio y Viena de Fuscaldo, el matrimonio más querido en el pueblo por su santa vida.

Un espectáculo insólito se ofrecía a la vista de todos: ardientes llamas y armoniosa música salían de la casa. No era un incendio porque nadie olía a quemado y las casas cercanas no ardían.

Las vecinas corren curiosas, llaman a la puerta. María, la portera, sale gritando: «¡Ha nacido Francisco!». Un acontecimiento esperado por todos los amigos.

Era penoso ver a los esposos Santiago y Viena sin fruto de su amor después de quince años de matrimonio. Pero Viena esperaba incansablemente en Dios; una fe inmensa la sostenía mientras elevaba su pensamiento al cielo, como meta de los sueños de su joven corazón.

Ella y su esposo eran muy devotos del Santo Patriarca de Asís. A él habían confiado en la oración la secreta pena, prometiéndole imponerle su nombre, en señal de protección y gratitud, si les alcanzaba del cielo el hijo tan deseado.

Esta era la razón del nombre y la causa de que lo conociese la gente del lugar.

Nacimiento: 27 de marzo de 1416

Esto ocurrió bajo el cielo de Paula, pequeño pueblo de Calabria, el 27 de marzo de 1416.

¿Qué será?

El nacimiento de Francisco cambió la vida de sus padres que no cesaban de dar gracias al Señor por tanta felicidad. La paz reinaba en aquella casa que, a juicio de los vecinos, era el vivo reflejo de aquella de Nazaret, donde tres corazones estaban fundidos en el amor a Dios.

—¿Qué será este niño? —se preguntaban la familia y conocidos, ante aquellas llamas que habían acompañado su nacimiento.

—Aquello que Dios quiera —respondía la madre.

Pero un día, el corazón de Viena se angustió. Un absceso se había formado en el ojo izquierdo del niño y pronto manifestó su condición maligna e invadió toda la córnea amenazando con dañar seriamente la posibilidad de ver.

—Tú que nos lo diste, ¡sálvalo! —invocaron fervorosamente al Santo Protector.

A la invocación sentida,que parecía gemido de angustia,respondió bondadoso el Santo

En el bautismo sus padres le imponen el nombre de Francisco por el voto hecho al Santo de Asís

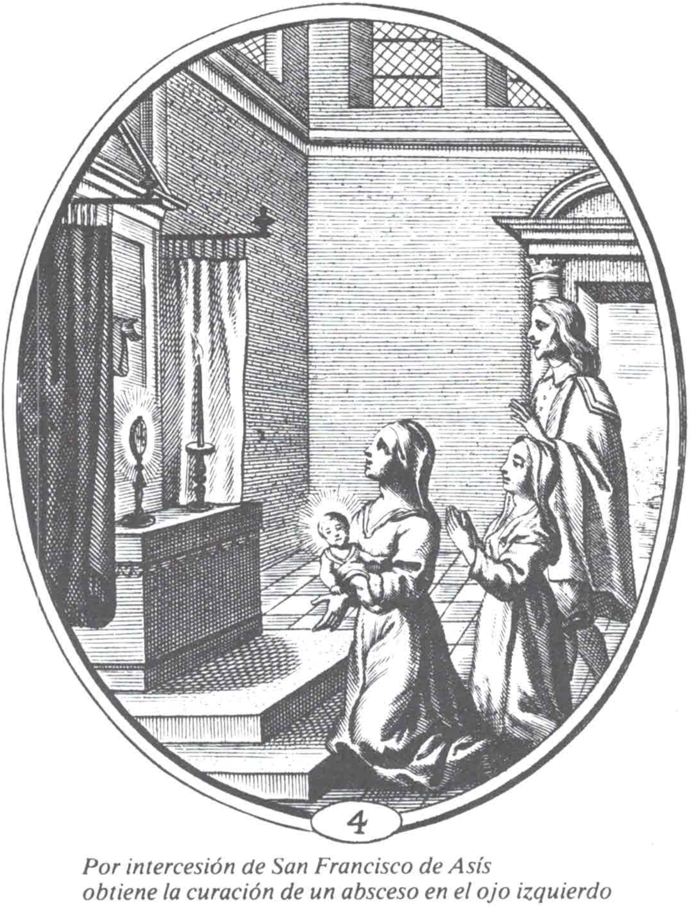
de Asís. La mancha fue desapareciendo, la córnea quedó limpia y empezó a brillar tan vívida como al principio.

Los primeros pasos en el camino de Dios

San Marcos Argentano es un pueblecito, al norte de Cosenza, donde una pequeña comunidad de Frailes Conventuales vieron llegar un día a tres peregrinos; habían hecho los veintidós kilómetros a pie. Eran Santiago, Viena y su hijo. Francisco debía pasar un año vistiendo el hábito votivo de la Orden, por la promesa que sus padres habían hecho ante el temor de que el niño quedase ciego del absceso que al mes de nacer había padecido. Contaba Francisco doce años.

A gusto se encuentra en el convento porque en él estaba el P. Antonio de Catanzaro, conocido del pequeño, a quien tenía en gran estima, por haberle tratado en Paula cuando el Padre iba por motivos de apostolado.

Cuanto su madre Viena le había enseñado sobre la bondad de Dios, el amor a la Virgen y a los Santos viene confirmado por la palabra del P. Antonio que solícito cuidó de aquel



Por intercesión de San Francisco de Asís
obtiene la curación de un absceso en el ojo izquierdo

pequeño, en quien había encontrado madera de santo. Con sus enseñanzas Francisco avanzó en sabiduría y en santidad.

El ambiente ayudaba su propensión a la soledad y a los largos ratos de oración; los coloquios con Dios, la mortificación, los cilicios, el ayuno mantenían en equilibrio el cuerpo para cuando intentase imponerse al espíritu.

El P. Antonio con vigilancia modera la exuberante vida ascética del joven. Es admirado por su docilidad; los religiosos están contentos de tener a aquel pequeño entre ellos. Francisco no está todo el día encerrado en su pequeña celda o en la iglesia; colabora también en los trabajos de la casa, barre los corredores, ayuda en la iglesia, va al bosque a recoger leña, ayuda en la cocina. La comunidad de San Marcos recordará la ejemplar y sentida devoción con que se acerca a los sacramentos, en especial al de la Eucaristía, su generosidad y disponibilidad, premiada a veces con prodigios.

No pudieron los buenos Padres convencerle de que se quedase con ellos para siempre vistiendo el hábito de la Orden. Los planes de Dios eran muy distintos.

Pasado el año, Francisco regresa a Paula.

Viste el hábito votivo en el convento franciscano de San Marcos Argentano

Quien lo conoce, comenta:

—Ha marchado bueno y regresa santo.

De hecho el joven parece transfigurado. No le interesan los juegos, ni parece encontrar la paz en la acogedora casa doméstica. Su alma está hambrienta de Dios y busca siempre saciar su sed de infinito.

Peregrino

Acogiendo con benevolencia el ferviente deseo de su hijo, Santiago y Viena emprenden un largo peregrinaje: Roma, Asís, Loreto, Monte Luco y Montecasino.

La vida política y social en que se movían los peregrinos no era precisamente para alentar a nadie; un largo viaje que se desarrollaba entre grandes dificultades: caminos inciertos, itinerarios aproximados, alojamientos precarios, peligro de bandoleros; con viento, con frío, con lluvia, con calor; fieras, militares en pie de guerra, señores prepotentes, epidemias..., constituían para los peregrinos, peligros, en muchos casos mortales.

Los lugares que Francisco visita con sus padres son centros de espiritualidad donde el

Peregrino con sus padres

joven pide luz para su futuro a los religiosos a quienes se acerca.

No es insensible a las bellezas naturales que contempla y a las obras que la mano del hombre ha levantado. Comprende las bellezas del cielo y el significado de las obras erigidas por la piedad; más fácil le resulta entender el significado espiritual que el artístico. Roma le muestra lo caduco de las cosas humanas.

Sin embargo se siente atraído irresistiblemente por la memoria de los Apóstoles, de los Mártires y de los Santos que han dejado, en las piedras de la ciudad eterna, su paso inconfundible, y alimentan el ardor de su alma.

Cuando regresa a Paula, ya ha tomado una determinación. La elección, madurada primero y pensada durante su peregrinaje, se manifiesta de tal modo que, mirándola con ojos humanos, puede parecer inconveniente. Oigamos el testimonio del testigo contemporáneo que depuso con juramento en el proceso de Cosenza: «Cuando ellos terminaron la peregrinación y llegaron a Paula, el dicho fraile Francisco se quedó fuera del pueblo en una gruta, y preguntados los padres dónde le habían dejado, respondieron: ''Fuera del pueblo porque quiere vivir de ermitaño''».

En el desierto de Paula

Posiblemente la determinación del hijo causó en los padres silenciosas lágrimas, pero en el confiado abandono en Dios y en Brígida, la hermana de Francisco, encontraron el consuelo y la resignación.

No debe sorprendernos que Francisco en tan joven edad emprenda el camino del yermo; estamos frente a un caso excepcional espiritualmente, y además la gracia divina en un alma predilecta realiza maravillas.

En el desierto

Se ha dicho que las revoluciones no se hacen en las plazas sino en lo profundo del corazón humano.

Francisco en el desierto se hace inquisidor de sí mismo y de la sociedad de su tiempo.

Corrían momentos tristes entre los reinos de Italia, y sobre todo entre los poderes políticos y religiosos, económico y cultural; existía la corrupción, las malas costumbres, la ambición y la frivolidad que allanaba el camino para una vida edonística y pagana que figuraba bajo la etiqueta de Humanismo. La confusión reinaba en todos los estados de la so-

El Santo de Asís se aparece a Francisco indicándole que amplíe la construcción de la iglesia de Paula

ciedad y del pensamiento, con la consiguiente desorientación del pueblo en general y de los fieles en particular.

A las puertas de Italia avanzaba amenazador el movimiento innovador y disolvente que desembocaría en el protestantismo.

El historiador Villari, observador atento de los alborotos políticos del tiempo, lamentaba: —Todos los pueblos eran presa de guerras intestinas, con frecuencia transformadas en guerras personales: las ciudades se dividían según los nombres de los más poderosos e influyentes; las mismas familias se dividían y laceraban porque los hombres no sabían doblegarse ante ninguna ley.

Pero no podemos generalizar; siempre el mal hace más ruido que el bien y de hecho la mayoría del pueblo era profundamente religiosa.

De esta gente es Francisco, la figura más auténtica y genuina. Ante este estado de cosas, ante el mal, él mortificará su cuerpo con la penitencia, retirándose a una gruta, vestido con un tosco sayal, durmiendo en el suelo en los breves momentos del descanso nocturno.

El agua del torrente Isca, la hierba del bosque cercano y algún que otro alimento cua-

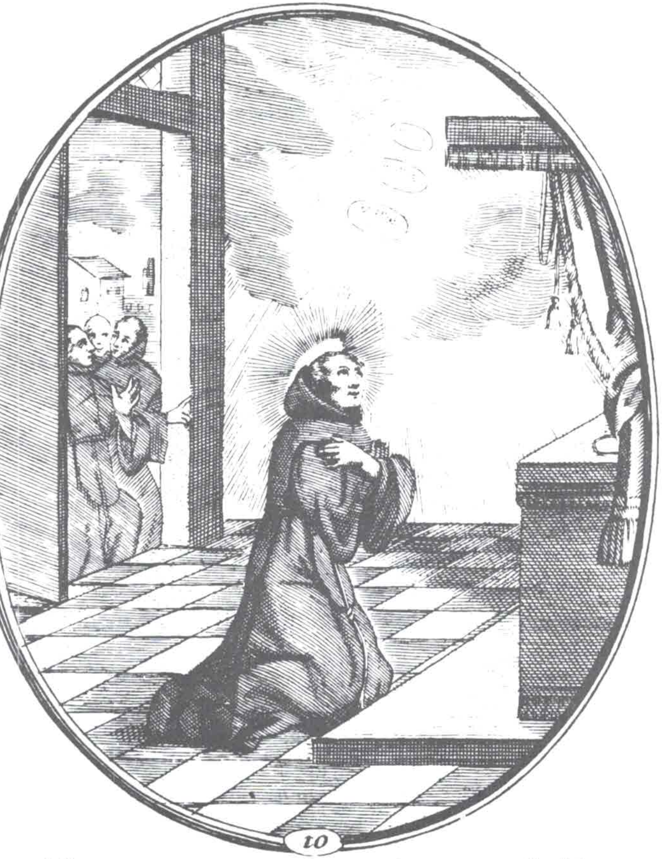
Un rico barón le ofrece una suma de dinero para la construcción de la iglesia

resmal que le llevaban de vez en cuando sus padres, son suficientes para apagar la sed y el hambre. Por lo demás, no le falta nada porque en el desierto ha encontrado a Dios cuyo amor llena su vida. La naturaleza que le rodea, el mar abierto, el cielo azul, el radiante crepúsculo repetido le hablan de El: esa naturaleza suave, dulce, atractiva en primavera; áspera, salvaje y repelente en invierno. Es que Calabria es la tierra de los contrastes.

En el desierto encuentra también al enemigo de Dios; afronta intrépido insultos, amenazas, persecuciones, sugestiones del diablo, que hasta se le presenta con apariencia de atrayente muchacha; mas él lo empuja a retirarse, zambulléndose en el agua helada del torrente para apagar los ardores de la pasión. A los ataques del maligno responde con mayor rigor en las penitencias, y la victoria es suya. Y así durante cinco años.

Hay algunos admiradores que se acercan a la cueva llevados por la curiosidad; no son capaces de apartarse y se quedan con él.

Un discípulo contemporáneo dice: «Muchos, asombrados de su vida virtuosa, renunciaron al mundo y llevaron una vida solitaria junto a él. Todos los que vestían su sayal lo



Mientras reza aparecen sobre su cabeza tres espléndidas coronas

recibían con alegría. El les dio una Regla y un modo de vida en pobreza, castidad y obediencia, observando durante todo el tiempo de su vida un régimen de alimentos cuaresmales. El mismo era un ejemplo de virtud en todas sus acciones».

Nace así el primer núcleo de los *Ermitaños Penitentes*. Conocemos el nombre de los tres primeros: Florentino de Paula, Angel Alipatti de Saracena y Nicolás de San Lúcido.

Para ellos Francisco construye las primeras celdas y la primera capilla.

Vinieron después otros discípulos y las obras debieron ampliarse con la aprobación del Obispo de Cosenza. Se construyó un convento y una iglesia de mayores proporciones sobre un trazado que la tradición atribuye a San Francisco de Asís.

El primer obrero en la ampliación fue el mismo Francisco, del que decían que trabajaba por seis.

Tenía entonces diecinueve años, cuando empezó la fundación de aquella institución que sería la Orden de los Mínimos de San Francisco de Paula. Corría el año de gracia de 1435.

El fundador no inspira a sus discípulos

Recibe del cielo el emblema de su orden:
CHARITAS

fantasías, pone realidades. Realidad moral: la necesidad de comunicación con Dios, la inocencia de vida, la conversión interior, el testimonio evangélico.

La pequeña comunidad vive un clima de fervorosa espiritualidad y de serena laboriosidad.

El desierto de Paula se anima. Es un faro de irradiación cristiana que orienta a la humanidad que sufre en el alma y en el cuerpo.

Un joven ermitaño con el rostro señalado por los ayunos y las penitencias, con el corazón lleno de amor trata por igual a los humildes y a los poderosos; si hay que reprender, no tiene acepción de personas: —¡Ay de los que gobiernan y gobiernan mal! ¡Ay de los ministros de los tiranos y de las tiranías!

Adelantándose a los siglos, *el abad calabrés Giovacchino, dotado de espíritu profético, exclamaría:* —¡Oh Paula feliz, de ti nacerá la flor del amor!

El vaticinio encuentra en Francisco su confirmación.

En el desierto de Paula y por las manos de Francisco se escapan a raudales los milagros.

Entra y sale ileso de un horno encendido

El Taumaturgo

El dominio de la naturaleza

La naturaleza se hace dócil a sus palabras. He aquí algunos casos.

Se diría que Francisco jugaba con el fuego. En San Marcos está asistiendo a una función religiosa cuando se da cuenta que falta fuego para la incensación del altar. Corre a la cocina sin el incensario; no puede perder tiempo; coge con las manos los carbones encendidos y los pone en el regazo. Ni manos ni hábito sufrieron la menor quemadura.

* *

«Martinello» era un corderillo que siempre seguía a Francisco a todas partes. Pero era

una continua tentación para los obreros de la construcción del convento y un día decidieron comerlo. Para evitar toda sospecha echaron la piel y los huesos al horno de cal, que estaba encendido.

—«Martinello», ¡ven fuera! —Y a la voz de su amo que lo llamaba, obediente, salió vivo.

* *

Un día el mismo horno de cal amenazaba ruina; entra; está el tiempo necesario para arreglar el desperfecto y sale sin sufrir lo más mínimo; el horno estaba encendido.

* *

Varias veces con sólo tocar las velas del altar con el dedo las enciende.

* *

Si alguna vez se olvida, por estar inmerso en la oración, de encender el fuego para hacer la comida, llegada la hora, los alimentos

Hace manar agua de una fuente que todavía hoy existe:
El agua de la Cucchiarella

se han cocido lo mismo que si hubieran estado en la lumbre.

* *

Francisco va con los obreros al bosque para hacer carbón. De pronto se resquebraja la carbonera y empiezan a salir las llamas. Con naturalidad sube encima, tapa con los pies desnudos los orificios y llama a los trabajadores para que traigan tierra y los tapen.

* *

Ante el Legado Pontificio que intenta convencerle de mitigar la observancia cuaresmal, coge con las manos los carbones al rojo vivo del brasero y dice al Prelado: —Para quien ama a Dios todo es posible.

* *

El borriquillo que para los viajes tenía Francisco se llamaba también «Martinello». Necesita que le pongan herraduras. Lo llevan al herrero que se las pone, pero cuando trata de cobrar por su trabajo, el Santo le dice:

Detiene milagrosamente gruesos peñascos:
Las piedras del milagro

—Somos pobres, Dios recompensará tu caridad—. Eso no convence al hombre y pretende que le paguen su trabajo. Ante tales insistencias dice a «Martinello» que devuelva las herraduras. Y el asno sacude las patas y las suelta. Es fácil imaginar cual sería el estupor y la admiración del herrero.

* *

El agua potable para beber los obreros que trabajaban en la ampliación del convento estaba lejos; golpea con el bastón la roca y brota un chorro transparente. Esta fuente aún existe y se llama la *fuente de la «cucchiarella»*.

* *

Llenos de espanto, los obreros gritan al ver que unas rocas enormes amenazan con caer sobre ellos. Francisco grita: —¡Quietas!— y al instante se detienen quedando, como aún pueden verse hoy, con el centro de gravedad desplazado. Se llaman *«las piedras del milagro»*.

* *

Con un poco de pan y un poco de vino
sacia a más de tres mil personas

Un campesino de Belmonte, Santiago Ronco, con su hijo gravemente enfermo, se acerca al Santo para pedirle que lo cure. Le lleva como obsequio una cesta de ciruelas, parte cogidas en su huerto y parte robadas en el del vecino. Francisco separa unas de las otras y le dice: —Hermano, acepto esta fruta que es vuestra, pero no puedo quedarme las que son de otro. La enfermedad de tu hijo no es mortal y dentro de unos días se curará. Pero tú cuida de respetar lo ajeno si quieres gozar de la bendición de Dios.

Los cojos andan

Santiago de Tarsia, barón de Belmonte, que había ayudado al Santo con limosnas para las obras, tenía en una rodilla la gangrena y estaba afligido e inmovilizado. Los médicos no pueden hacer nada; ya han recurrido a todos los medios, pero el mal no retrocede. Francisco traza sobre la pierna enferma la señal de la cruz y venda el miembro con una hierba llamada «*unghia cavallina*» recogida en su huerto, asegurándole que se curará. Después el barón se marcha y a los pocos pasos

Cura una llaga cancerosa a Santiago de Tarsia, barón de Belmonte

nota que la pierna ya no le duele; baja del caballo y hace el resto del camino a pie.

* *

Otro barón enfermo se acercó a Paula para ser curado.

—Coge esa piedra —le dice Francisco.

—No es posible —responde el enfermo—, que yo tan débil pueda cargar con un peso superior a mis fuerzas.

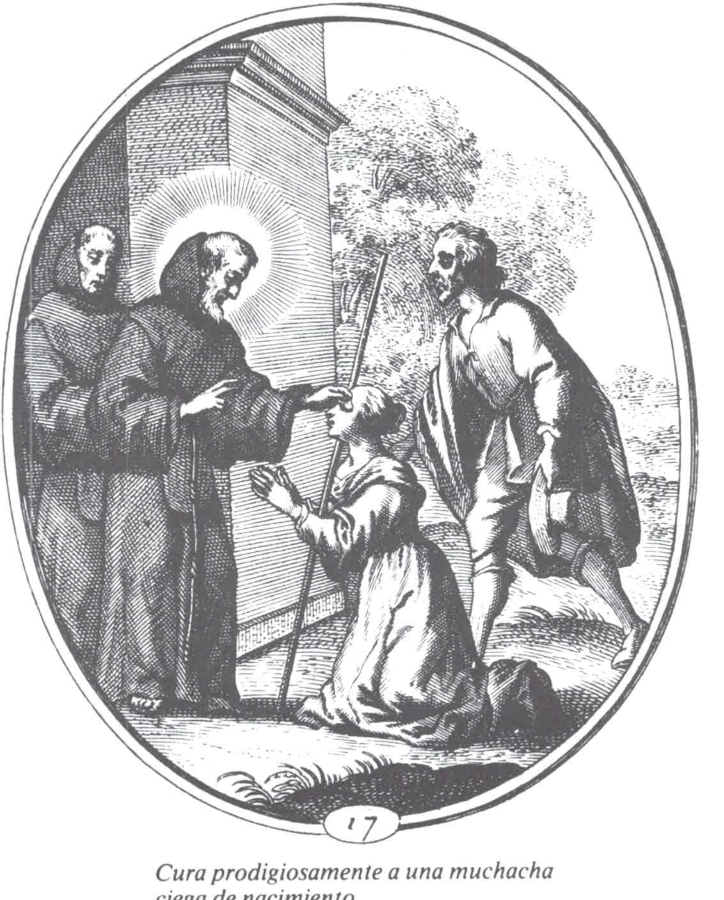
Es verdad, pero también es cierto que vuestros vasallos, por vuestro mal gobierno, no pueden soportar el peso de tantos impuestos. Si de verdad queréis que el buen Dios os conceda la salud, tenéis que daros prisa en restituir a vuestros vasallos todo lo que les habéis defraudado.

El barón comprendió lo que el Santo le decía y prometió cumplir con todo.

Bendijo el Santo con la señal de la cruz la piedra y se aligeró tanto el peso, que el barón pudo llevarla con facilidad.

La roca todavía está expuesta en el Santuario de Paula a la veneración de los fieles.

* *



Cura prodigiosamente a una muchacha ciega de nacimiento

Algo parecido le ocurrió a Santiago Carincella que con un fuerte dolor en una pierna se acercó al Santo para que le curase con sus oraciones.

Apenas lo vio Francisco le amonestó: —Has sido un mal hijo. Has insultado a tu madre... Trata de enmendarte porque a los malos hijos, no sólo se les quita la salud, sino que se les acorta la vida.

Lo invita a que lleve al Santuario una viga tan pesada que dos bueyes no habían podido arrastrar. Carincella se niega ante un esfuerzo tan grande e inútil, y por el dolor de la pierna.

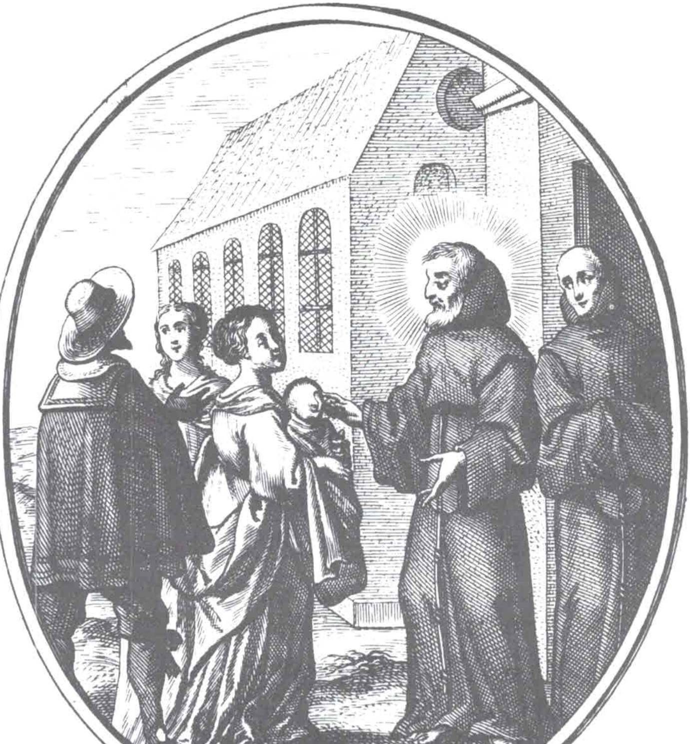
—Cógela, por caridad —le pide Francisco—, que podrás llevarla.

Así fue, el enfermo obedece y regresa a casa curado.

* *

La joven Perna Signorello acompañada de su madre se acerca al Santo. Perna tenía dos tumores, uno en la cabeza y otro en el pecho. Le recomienda Francisco algunas medicinas.

—Padre, somos pobres y no podemos comprarlas; pero si tú la tocas con tu hábito,



Con su saliva forma los ojos y la boca de un niño, nacido deforme

por caridad, se curará —implora la madre de Perna.

Sonríe el Santo y condesciende. A la mañana siguiente la pobrecilla estaba curada.

Los ciegos ven

Julia Catalano tiene diecisiete años y es tan hermosa de cuerpo como de alma; pero ha nacido ciega.

Su padre la lleva hasta Francisco. Lo encuentran en el huerto con unas hierbas en la mano. Las bendice y las aplica a los ojos de Julia. Al instante dos pupilas llenas de vida y de agradecimiento se fijan en él.

* *

—¡Dios mío, misericordia! Yo veo... yo veo la Hostia consagrada. Grita en el colmo de la felicidad un ciego de Amantea a quien Francisco ha mandado a la iglesia a oír misa.

* *